

Intervención de Rogelio Blanco, director general del Libro, Archivos y Bibliotecas de España.

En la VI Cumbre Iberoamérica de Jefes de Estado y de Gobierno celebrada en Montevideo los días 4 y 5 de noviembre 2006, los jefes de Estado adoptaron la Carta Cultural Iberoamericana tras diversos discursos propiciados desde la primera cumbre celebrada en Guadalajara, (México), en 1991, donde se declaraba: “Representamos un conjunto de naciones que comparten raíces y el rico patrimonio de una cultura fundada en la suma de pueblos, sangres y credos diversos”.

Señor Alcalde de la ciudad de Bogotá, señor Embajador de España, Viceconsejero de Cultura de la Junta de Andalucía, presidente de la Fundación Biblioteca de Literatura Universal, Patrono Consejero de Caja Sol, directora del CERLAC, Vicepresidente del Grupo Iberoamericano de Editores, amigos del libro, editores, autores, lectores.

La idea de América como comunidad cultural sumativa de diversidades y diferencias es un paradigma ya sucrito como el espacio cultural iberoamericano. Un espacio perfectamente identificado que se brinda, a inicios del siglo XXI, como expresión creativa cargada de posibilidades; unas posibilidades recogidas en la Carta Cultural, capaces de defender la unidad y la diversidad, la cooperación y el compromiso voluntario, pero sean éstas las piedras angulares que sustentan y defienden la cultura como instrumento de defensa de los derechos humanos, de las culturas tradicionales indígenas, afroamericanas y, cómo no, la fuerza creativa, artística y literaria de nuestros autores, su materialización a través de las industrias culturales y a la oferta al ciudadano, por parte de las entidades de distribución y comerciales.

La Secretaría General Iberoamericana de la Organización del Estados Iberoamericanos se compromete, de acuerdo con sus competencias y ámbitos de acción, a coordinar e impulsar los contenidos de la Carta, atendiendo a postulados y propuestas, y a la vez, sumando los esfuerzos de los autores o agentes de la sociedad civil implicados: administraciones, instituciones, creadores y emprendedores. La consideración que subyace en este vertiginoso dominio y el mensaje explícito son el reconocimiento de la cultura como contenedor de materialidades imprescindibles, como medio de diálogo y

de cooperación siempre desde el respecto a la diversidad entre los pueblos y como recurso y generador de riquezas necesarias.

Los Jefes de Estado y de Gobierno de los países iberoamericanos reconocen el valor democratizador de la cultura. Y, sin duda, es la democracia el hábitat político más natural al hombre, pues en ella la creatividad, la diseminación y recepción de la cultura transitan con mayor comodidad.

Es, pues, la cultura un producto del hombre, que humaniza, que apuntala la autoestima y estimula el desarrollo de quien la crea y de quien se recrea con su uso. Sirve al hombre, creador y usuario a la vez, y teniendo en cuenta la diversidad, se producen asimetrías en el uso. Por ello, y reconociendo la riqueza de todas las manifestaciones, es preciso aglutinar reflexiones y acordar pautas, o al menos cierto reconocimiento. Un reconocimiento que debe valorar no sólo a las dimensiones simbólicas inevitables e imprescindibles de la cultura, sino también reconocer las posibilidades de creación de riqueza y de bienestar para quienes la participan.

Superar la pobreza y las desigualdades materiales son esfuerzos inexcusables para el desarrollo integral del ser humano. Reconocer que existe un espacio cultural iberoamericano es afirmar una realidad cultural compartida. Ésta implica defender la diversidad, pero a la vez promover cauces de intercambio, de fusión y de tránsito de bienes. Desde la solidaridad necesaria se coopera y participa en espacios de bienes que compartidos aportan complementaridad, migran transversalmente, contribuyendo a la riqueza y cohesión de los pueblos que tienen la ventura de participar de un bien común y sin dueño exclusivo.

Estas realidades exigen, decía antes, reconocimiento. Ahora abundaré más. Se deben demandar medidas, medios, planes, que garanticen el porvenir de la riqueza inmaterial y material de los contenidos culturales que se comparten; instrumentaciones que, desde los respetos antes señalados, deben promover y diseminar las expresiones creativas y las industrias culturales a fin de que se corrijan desigualdades y la ciudadanía acceda a tales bienes patrimoniales. Bien podemos afirmar que Iberoamérica es un gran espacio cultural donde el magma creativo fluye con fortaleza y dinamismo; donde las voces

dialogan y la pluralidad permanece, pero es necesario fortalecer este espacio y expresar despiertos la realidad que habita en los sueños.

Al referirme al reconocimiento del hecho, y sin necesidad de llorar hondamente en seco, como diría Gonzalo Rojas; es decir, sin lamento desde el hondón, son recomendables las conclusiones de la *I Acta* celebrada en el Monasterio de San Millán, cuna del español, donde numerosos expertos reflexionaron a partir de la metodología DAFO (debilidades, amenazas, fortalezas y oportunidades) en torno al idioma español. Las conclusiones fueron recogidas y aprobadas en el Parlamento español a través de una Proposición No de Ley.

Se atisba, sin dificultad, la grandeza y posibilidades en todos los órdenes de la lengua española; esta lengua igualitaria del mestizaje, que diría Ángel López, que comparte la comunidad iberoamericana, sin obviar el portugués. Y ahí, y en estos encuentros se afirma la riqueza y posibilidades del idioma, un bien inmaterial que sólo pertenece a quien lo utiliza, así lo expresó en el discurso de inauguración de dicha Acta el presidente del gobierno español, Rodríguez Zapatero. Tras este idioma, y materialmente sustentado, habita la producción editorial, un sector en el que, con diversidad de suerte, conviven cerca de 13.000 agentes editores, más de 10.000 librerías y miles de puntos de venta. En estos hábitat comparten estanterías 127.000 novedades librarias anuales en todo tipo de soporte disponible, y donde se apilan los 505 millones de ejemplares producidos, circulan 350.000 títulos de vivos de todos los géneros literarios conocidos. Estos datos dan cuenta de la expresión vitalista de nuestra capacidad creativa y productiva.

No abundaré en cifras de producción, porque sé que estos días estarán en las mesas de discusión, pero tampoco dejaré la ocasión para referir algunos programas específicos de colaboración iberoamericana. El CERLALC, cuya directora está aquí presente, es instrumento compartido para la difusión de la lectura y el libro; el GIE, con la representación del vicepresidente, agrupación gremial del sector, con los programas de apoyo a la distribución como SINLI (Sistema de Información Normalizada para el Libro), Dilve (Distribuidor de Información de Libro Español en Venta) o Libros en español en Venta. Son acciones a las que desde la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas, que coordino, se brinda apoyo. Y aludiré a uno que se está

habilitando: Pensar en español, un programa que aspira a defender la fortaleza del español como lengua intercultural y vehículo de pensamiento y de contenidos científicos. Ferias y salones; premios compartidos, por ejemplo, el Cervantes; cooperación bibliotecaria; acuerdos normativos y lingüísticos de las academias y acciones de las fundaciones, son actos que fortalecen la unidad idiomática, y de está su aprovechamiento.

De este modo, los 450 millones que compartimos la misma lengua manipulamos el soporte cultural por excelencia: el libro, en sus diversos formatos, y de él extraemos los contenidos que albergan para transformarlos en conocimientos, y a esta acción se le denomina lectura. Leer es una de las dimensiones radicalmente más antropológicas del hombre. Tras la lectura se albergan los desarrollos de las potencialidades humanas que poseemos, y esta lectura sucede en su idioma común. Se han realizado estudios que contrastan las ventajas de los países que comparten lengua común y de ellos se deduce que sus empresas mantienen además lazos de otra índole, por ejemplo, los económicos, 1,7 veces mayores que si la lengua no fuera compartida. En la citada *I Acta* ya se insistió en el valor económico de la lengua, y aquí será de una de sus expresiones: el libro, una manufactura cargada de valores culturales referidos. Bien abundó en ellos el escritor William Ospina, que nos ilustró durante su conferencia de estos valores inmateriales que existen en torno al libro.

Yo quisiera añadir, a modo de ejemplo, con datos relativos a España, que demuestran la materialidad que fija el libro. Da empleo directo e indirecto a casi 100.000 personas, supone un 1 por 100 del PIB y ocupa el décimo lugar en la tabla de exportaciones. Sin abundar en datos, refiero que su tendencia es al alza en todos los órdenes, Y los más de 5.000 millones de euros, la justifican no sólo como un producto cultural, sino como manufactura que genera riqueza, y es veneno de empleo; y al revés: no sólo es manufactura.

Por ello ha sido necesario que desde el Ministerio de Cultura se impulsara una ley: la Ley de la Lectura, del Libro y de las Bibliotecas, que el pasado día 24 de junio entró en vigor, y fue aprobada por amplio consenso en las cámaras parlamentarias. Era necesaria una ley que se adaptara a las nuevas circunstancias; por ejemplo, redefiniendo el libro, reconociendo a todos los agentes del sector, y ordenando las relaciones de la

multiplicidad de los agentes intervinientes en este ecosistema cargado de debilidades y de fortalezas, de amenazas y de oportunidades. No obstante, la apuesta primera de la ley es el ciudadano a través del reconocimiento de valores innegables que aporta la lectura.

Esta apuesta por la lectura y el libro ya ha sido singularizada y reconocida en Colombia, país que en los últimos años presenta una tendencia ascendente en la producción de títulos y en la elaboración de programas de fomento de la lectura y de desarrollos bibliotecarios. Acciones que han sido reconocidas con la designación de Bogotá como Capital Mundial del libro 2007 por la UNESCO. Las megabibliotecas, las bibliotecas distritales, los clubs de lectura, los programas popularizados con éxito –“Paraparques”, “Libro al viento”...), son acciones que justifican tal designación, y por ello estamos aquí, celebrando este segundo encuentro en torno a los desafíos de la industria editorial.

Deseo que este tipo de encuentros se prolonguen, pues es necesario difundir la versatilidad y pluralidad de las riquezas que genera este sector. Es necesario llamar la atención a los responsables de todo tipo de administraciones; a quienes ordenan las partidas presupuestarias; las acciones de inversión; a los buscadores de fuentes de empleo; a los inversores, para que atiendan esta dimensión productiva que circula en torno a la lengua: el español, que alguien denominó “nuestro pozo de petróleo”. Una metáfora, que tratándose de petróleo es poco refinada, pero elocuente. Una riqueza, una materia flexible y cohesionada, unida pero no uniforme, que pertenece a todos. Jocosamente decía Cabrera Infante, tomando una referencia venida de la reflexión económica: “el español es demasiado importante para dejarlo sólo en manos de los españoles”.

Es necesario, además, llamar la atención a los responsables de los medios de comunicación, sobre todo a los que deambulan en las denominadas paginas salmón, las páginas de información económica, a fin de que este sector productivo ocupe el lugar que merece, pues casi siempre se coloca - y es su lugar- en la sección cultural de los medios. El objetivo es que los ciudadanos comprendan la amplitud de valores materiales e inmateriales que subyacen bajo las cubiertas del paralelepípedo fundamental de la galaxia de Gutenberg: el libro. De ahí que, con la participación y desarrollo de la piratería se destruyen riquezas, empleo, industria y, en definitiva, se atenta contra la creatividad y la cultura. La piratería es un huerto en el que al final se hielan todos sus

frutos. Según lo expuesto, el objetivo es reconocer para valorar, valorar para programar, programar para diseñar acciones normalizadoras y económicas y, en resumen, localizar un punto de encuentro donde la valoración de todos los profesionales que actúan más directamente en los entornos de libro reconozcan que su éxito o fracaso afecta decididamente a todos, pues todos somos reales o potenciales lectores.

Cualquier política que atienda, como no puede ser de otro modo, a los diversos sectores sociales, debe aceptar que la industria editorial es una diagonal que cruza a todos transversalmente, pues hablar de libros es hablar de lectura y leer en multitud de soportes, de los cuales el más destacable es el libro; es lo que hacemos los ciudadanos en nuestro peregrinar vital por este planeta. Ciertamente somos un espacio de libros, una realidad libraria que transporta y ofrenda saberes a compartir, pero esta realidad, insisto, también, y no sólo, es económica y gestante de riquezas, de desarrollo. Digámoslo sin miedo: de negocio. Esta dimensión económica con frecuencia se olvida. Quizá tenemos que esforzar nuestro discurso en esta dirección, al menos de cuando en cuando, no acunamos cierta timidez para reflejar las dimensiones no estrictamente culturales y educadoras del sector. No defiendo ni defenderé el exclusivo economicismo, pues me alejo de cualquier tentación crisoledonista, o de narcisismos cargados de profesionalismo, mas, a cada cual lo que le pertenece, y a este sector -el editorial- se le deben reconocer las bondades materiales que le acompañan. Obviar esta dimensión transluce ciertas inconsistencias innecesariamente.

Aquí, concitados en la capital mundial del libro-Bogota 2007, debemos comprometernos a impulsar estos valores y dimensiones del libro iberoamericano y exigir su reconocimiento. Debiera ser un conjuro. Para el editor español Iberoamérica es un mercado tan natural como lo es España. Recíprocamente, para el editor iberoamericano España es también su mercado natural, así lo expresaba José M.^a Boixareu. Y de ahí nuestro apoyo a los editores iberoamericanos en la reciente Feria del Libro de Madrid.

Les aseguro que a la hora de preparar estas palabras me hubiera resultado más fácil y cómodo realizar un discurso cargado de citas de nuestro próceres y prohombres, bien tramadas y contundentes, sobre el libro; además, mi formación me lo acredita y mis preferencias intelectuales me lo facilitan; Mas, no he elegido un discurso tanto

tangencial como pragmático, pues con la experiencia y la *empíria*, de que dispongo he preferido un discurso alejado de los necesarios sonetos y metáforas. En una palabra, si no somos conscientes y estamos convencidos de la riqueza que manejamos en este ecosistema cargado generalmente de microempresas y vertebrado por lenguas de gran difusión -el portugués y el español-, que circulan mayoritariamente, en el soporte libro, difícilmente reivindicaremos las correspondencias y retornos que pertenecen a un sector que vertebra y hermana, que ofrece riqueza y desarrollo. Orden cultural y económico son apuestas conjuntas tras las que moran diversas teleologías; - estéticas, porque sin duda es preciso construir un mundo más bello; - éticas, para que sea éste más habitable; - utópicas, para que sea deseable; y, - económicas para que sea más desarrollado y sus beneficios lleguen a más. En definitiva, para que sea más estable.

Creación, belleza y habitabilidad; deseo desarrollo y estabilidad, son cualidades a las que los protagonistas del mundo del libro, que potencialmente somos todos, desde el creador al lector, estamos obligados a contribuir.

“Todos los libros, sean españoles o hispanoamericanos -afirmó Carlos Fuentes, y en una frase ya muy citada-, pertenecen a un sólo territorio, al territorio que yo llamo de La Mancha. Todos venimos de esa geografía, y no sólo la manchega sino manchada; es decir, mestiza, itinerante, de futuro”, termina la cita. Y yo añado: y a este territorio manchado, de futuro, desde el presente continuo, queremos contribuir, desde los sectores del libro que compartimos, un modo de expresión lingüística y tras recibir el regalo soporte de Gutenberg: el libro, para ampliar el territorio único y diverso del mismo, el territorio de La Mancha mestiza e impura, más amplio y abierto espacio que recoja las inquietudes de las muchedumbres que lo habitan como casa propia.

Muchas gracias